



Literatura y Lingüística

ISSN: 0716-5811

literaturalinguistica@ucsh.cl

Universidad Católica Silva Henríquez

Chile

Alvarado Borgoño, Miguel

La antropología literaria. Apuntes teóricos sobre su poblada soledad y su historicidad

Literatura y Lingüística, núm. 30, 2014, pp. 135-162

Universidad Católica Silva Henríquez

Santiago, Chile

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=35233386008>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

LA ANTROPOLOGÍA LITERARIA. APUNTES TEÓRICOS SOBRE SU POBLADA SOLEDAD Y SU HISTORICIDAD*

Miguel Alvarado Borgoño**

Resumen

Este artículo se adentra en la Antropología Literaria Chilena (ALCH) para describirla como un género textual emergente, mutante y original, surgido en Chile en los últimos 40 años. A propósito de este fenómeno cultural transdisciplinario, que propone un cruce entre ciencias sociales y literatura, nuestra hipótesis consiste en afirmar la existencia en esta "textualidad de frontera", de un género emergente dotado de una metalengua propia, la cual evidencia sus contornos expresivos e identidad textual. Su estudio constituye el acercamiento científico a un fenómeno vivo, de notables dimensiones culturales, a la vez que de una envergadura social nada desdeñable por su espíritu y prácticas transgresoras, al movilizar la lengua, los sujetos culturales y sus contextos sicosociales en constructos estéticos de alta originalidad y valores expresivos, lo cual representa mutaciones textuales y disciplinarias interesantes para las ciencias humanas.

Palabras clave: Antropología, literatura, antropología literaria.

THE LITERARY ANTHROPOLOGY. THEORETICAL NOTES ON ITS HISTORICITY AND ITS POPULOUS SOLICITUDE.

Abstract

This article delves into the Chilean Literary Anthropology (ALCH) to describe it as a textual genre pop, mutant and original, emerged in Chile in the last 40 years. A purpose of this transdisciplinary cultural phenomenon that suggests a cross between social sciences and literature, our hypothesis is to assert the existence in this "border textuality" of a gifted emerging genre of metalanguage itself, which shows contours and expressive textual identity. Their study is the scientific approach to a living phenomenon, remarkable cultural dimensions, while a negligible social scale by his spirit and transgressive practices, mobilizing the language, cultural subjects and aesthetic contexts psychosocial constructs high originality and expressive values, representing disciplinary textuales mutations and interesting to the human sciences.

Keywords: Anthropology, literature, literary anthropology.

Recibido: 03-06-2014

Aceptado: 27-08-2014

* Este artículo fue escrito en el contexto del convenio de Desempeño del PMI de la Universidad de Valparaíso, siendo su autor Profesor Titular del Instituto de Filosofía de dicha universidad, y como producto de la investigación: Anthropological literature in Chile. A hybrid language for intercultural communication. (20013-2014), en la Goethe-Universität Frankfurt am Main. Financiado por el Deutscher Akademischer Austauschdienst (D.A.A.D).

** Antropólogo y sociólogo, Doctor en Ciencias Humanas con mención en Literatura y Lingüística, postdoctorado en Filología Románica Universidad de Goettingen, Alemania. Profesor Titular de la Universidad de Valparaíso, Chile. miguel.alvarado@uv.cl

Introducción

Durante las últimas cuatro décadas hemos visto aparecer en nuestro país textos originales, disímiles y en algunos casos desconcertantes, surgidos desde campos como el científico y el literario. Poseen ellos caracteres heterogéneos y son sus contextos de formación espacios culturales como el periodismo, la etnoliteratura, la literatura etnocultural, la poesía experimental, las ciencias humanas y sociales, etc. En este artículo daremos cuenta del surgimiento de un tipo textual original bastante desconocido para los circuitos académico y literarios; esto es los textos de la usualmente denominada “antropología poético-literaria chilena¹”; ellos representan un desafío desde el punto de vista de su clasificación y análisis, lo cual nos permite pensar en el desarrollo de una mutación discursiva en un sector específico de la ciencia social chilena: para algunos es antropología poética o antropología narrativa, nosotros nos interesaremos en este artículo en una expresión puntual de esta mutación disciplinaria, muy original de nuestro país: La Antropología Literaria Chilena.

Desde la aparición de la antropología científica en Chile podemos apreciar un permanente vínculo transtextual con la literatura, y también búsquedas expresivas por parte de antropólogos chilenos que han reunido en su práctica profesional y académica las condiciones de antropólogo y de escritor, o que han recurrido a recursos expresivos propios de la literatura, los cuales se han introducido en su obra antropológica: algunos de los casos más representativos son los de nuestra último Premio Nacional de Ciencias Sociales y Humanidades Sonia Montecino (2013) y de autores tales como Andrés Recasens, Clemente Riedemann, Juan Carlos Olivares, Carlos Piña, Francisco Gallardo, entre muchos otros.

1 El corpus completo de esta antropología poética –literatura en su versión de la antropología poética y la antropología literaria–, aún no ha sido definido, especialmente debido a que año, y a veces mes a mes, aparecen nuevas obras que puedan ser incluidas en este canon emergente y de frontera. Por lo pronto existe cierto acuerdo en los investigadores del tema, dentro de los que me encuentro, que las obras fundamentales de este canon son las siguientes: *Balada de un niño y el perro* y *Pueblos de mar. Relatos etnográficos*, de Andrés Recasens; *Crónicas de la otra ciudad*, de Carlos Piña; *Diarios de campo/de viaje*, y *Etnografías Mínimas*, de Daniel Quiroz (ed.); *El umbral roto. Escritos en antropología poética*, de Juan Carlos Olivares; *La revuelta*; *Luna con Menguante. Biografía de una machi* y *La olla deletosa. Cocinas mestizas en Chile*, de Sonia Montecino; *Karra Maw'n y Huekufe en Nueva York*, de Clemente Riedemann; *Metales pesados* y *Alto Volta* de Yanko González; *Registro fotográfico y Etnográfico. Fotografía y Poesía. Atácamenos del siglo XX*, de Ivonne Valenzuela y Juan Pablo Loo; Valenzuela, Ivonne. *Gracias por el favor concedido. Las Animitas de Evaristo Montt*, Elvira Guillen y Juana Guajardo. Antofagasta: Imprenta Ercilla; *Antropología. Cruzando a través*, de Francisco Gallardo; *De todo el universo entero*, de Claudio Mercado y su informante Luis Galdames; *La Imaginación Araucana*, de Pedro Mege; *Ritos de muerte en la Isla de Lemuy*, de Yuri Jeria, entre otros.

Se trata de un fenómeno escasamente conocido en el mundo literario y reconocido marginalmente en el mundo de las ciencias sociales. En él confluye el esfuerzo por dar cuenta de la diversidad cultural en nuestro país con el empeño simultáneo por hacer uso de recursos expresivos de las ciencias sociales. Para autores como Iván Carrasco (2003) se trata de una literatura antropológica, es decir, de una forma de literatura que, surgiendo de la antropología, posee una identidad literaria tanto desde, una perspectiva estilística como también pragmática; no obstante, asumimos la idea de una forma literaria de frontera para definir a esta experimentación textual pero optamos por entenderla heurísticamente como una *antropología literaria*, en tanto se trata de una mutación disciplinaria que rebasa los límites de la antropología tradicional, no obstante, se autodefine como textualidad antropológica, pero que también que en el contexto de nuestro país se ha asumido naturalmente como literatura.

Para iniciar este artículo, quizás la única metáfora pertinente sea la Roland Barthes (1989) que asume al discurso de la Historia como un oficio de *escribidores*. En nuestro caso podemos decir que el discurso de la antropología literaria es el de escritores que dialogan con otras formas escriturales limítrofes, como lo son la antropología poética, la literatura etnocultural, la sociología experimental, la etnohistoria y la poesía experimental.

En este artículo queremos diferenciar la especificidad de la antropología literaria diferenciándola de la antropología poética, ya que vemos en la antropología literaria los esbozos de una forma de escritura que por primera vez en Chile y en Latinoamérica unifica una raigambre estético literaria con el deseo de construir un tipo de canon textual, que sin ser literatura ni antropología da cuentas de la diversidad a nivel tanto narrativo como teórico y que tiene a la memoria histórica como su horizonte fundamental.

Nada fácil, nada gratuito

La inexistencia de un espacio social para la ciencia antropológica en Chile durante la segunda mitad del siglo XX, se asemeja a la ausencia de un espacio para la literatura chilena en la primera mitad del mismo siglo XX, literatura que irrumpió sorpresivamente dando lugar a la coexistencia de inmensos paquidermos, que, no obstante, no pudieron convivir en

la inmensa llanura del Chile de entonces. Hoy tendemos a creer que el texto no surge de una necesidad del contexto, sino más bien de un deseo colectivo que se cristaliza en ciencia y en literatura, como podría canalizarse a través de puentes políticos o religiosos, y que cada forma textual es expresión de cambios en formaciones discursivas amplias y en algunos casos transculturales. Pero el texto no es gratuito ni se despliega como variable aislada. El sueño de identificar un “grado cero”: la lengua, el estilo y la escritura (Barthes, 1989) de una forma verbosimbólica, se corresponde con la ilusión de reconocer el sentido de un proceso cultural, pero ello es en realidad tan ilusorio como identificar la coherencia de un proceso histórico, sobre la base de la suposición metafísica de la identidad entre realidad y razón, una ilusión interpretativa al mejor estilo del historicismo positivista más ingenuo y de la sociología funcionalista que afianzó la ilusión desarrollista.

Más bien, si el estilo es la reverberación de la mitología personal que según Roland Barthes (1989), hace y deshace contextos, y dialoga con signo y estructura social, los modifica y los sufre; Así, mantiene un vínculo manipulatorio y paradójicamente dependiente, que genera una escritura, que desde lo intrincado del vínculo entre obra y escritor, da lugar a un documento intrincado y por tanto más allá de las mitologías personales y los narcicismos diletantes, el camino para asumir y entender las formas experimentales de la antropología chilena consiste en sacarla del sayo estrecho de la ciencia, pero tampoco en este proceso comprometerla exclusivamente con la literatura, sino que debe hablarse en su lugar de una dinámica e intrincada escritura de frontera. El pensar desde el sentido no puede suponer que nuestra Antropología Literaria surge desde un pensamiento de la totalidad, ni que pueda ser caracterizada en sus orígenes y desarrollo de una manera absoluta; cada lector y hermeneuta deberá ir interpretando estos textos, tanto los actuales como los futuros, para que de esa forma cada interpretación se transforme en una co-creación original, porque desde este punto de partida, la exégesis del proyecto antropológico literario es una forma de ontología, la que transforma al sistema interpretante, no en un aparato de observación externo, sino en parte de la pregunta amplia por el propio sistema observador.

Decir algo sobre la obra de autores propios de la Antropología Literaria como: Sonia Montecino, Andrés Recasens, Clemente Riedemann, Carlos Piña e Ivonne Valenzuela, por nombrar a algunos ya canonizados, nos

obliga a preguntarnos por los límites de la ciencia y la literatura, pero también nos hace constatar el modo sinuoso como en la periferia lejos de las grandes tendencias socioculturales del capitalismo, es posible ver aparecer experimentos “de frontera”; una frontera fijada por los cánones científico y literario occidental y eurocéntrico. Esta interrogante amplia con respecto a una escritura de frontera puede abrirnos a una afirmación mucho más amplia; existe una mutación en las formas escriturales que sobrepasan los cánones eurocéntricos. Esperamos aportar aquí algunos elementos iniciales, más allá incluso de los experimentos de algunos antropólogos chilenos.

A la manera de Gastón Bachelard (1987), asumimos que todo proceso social ocurre “en el bosque y no en el laboratorio”, por lo tanto, la aparición de los experimentos textuales de la Antropología Chilena, no son producto de una planificación cultural o de una voluntad propia de un *episteme* definida, sino que más bien guardan relación, con la correlación siempre capciosa entre las interpretaciones de la cultura en Latinoamérica y los desarrollos de la literatura, el arte y la ciencia. Justamente, esta interpretación capciosa, lo es porque es un espacio social reducido, el de la Antropología en Chile y en alguna medida en Latinoamérica. Son espacios pragmáticos que se interrogan sobre sí mismo, respecto de discursos y en el discurso, en un vertiginoso proceso gnoseológico del cual no conocemos certidumbres sino solamente interrogantes atropelladamente sobrepuestas.

El conjunto de obras compuesto por la Antropología Literaria Chilena (en adelante ALCH) consiste en un tipo de producción textual iniciadora de un nuevo género discursivo, en tanto no responde pragmáticamente ni al canon científico ni al literario con exclusividad. La Antropología Literaria es a nuestro entender, y en base al trabajo persistente realizado desde los estudios sobre Antropología Poética (Alvarado 2001, 2002, 2006, Cárcamo 2007, Carrasco 2003) en adelante, una derivación específica que se desglosa de la gran mutación disciplinaria (Carrasco, 2002) que ha significado el diálogo entre literatura y antropología en Chile y Latinoamérica en los últimos 40 años. El concepto mismo de diálogo resulta un eufemismo, ya que en este proceso de mutación vemos cuestionados los cánones textuales, y ello sin consideración de la matriz epistemológica de cada disciplina y de cada género; así el diálogo significa aquí, en algún sentido, la derrota de las ciencias sociales frente a la literatura, claudicación que fue planteada explícitamente por José

Joaquín Brunner (1997)² en el 40 aniversario de FLACSO. A pesar de ello, en su mayoría las ciencias sociales latinoamericanas han hecho oídos sordos de este llamamiento a la humildad, la mutación disciplinaria se encuentra en pleno proceso de consolidación, subrepticamente, a la manera de un gesto barroco que, no obstante, ocupa espacios marginales dentro de los espacios de la ciencia social tradicional, principalmente universitaria.

En publicaciones anteriores hemos demostrado la existencia de la Antropología Poética (2002a, 2002b) como una dimensión de esta mutación, la metalengua (Mignolo 1986) de esta Antropología Poética se identifica con la antropología postmoderna, pero paradójicamente, la misma aparición del concepto de postmodernismo es posterior a la aparición de esta antropología poética, y a la publicación de los trabajos fundamentales de esta corriente (mediados de los setenta del pasado siglo). Más bien, el postmodernismo es, a nuestro entender, una moda cultural que resultó funcional para dar un sustento metateórico a una corriente cultural original, desde una justificación innecesaria y tan extraña a nosotros latinoamericanos como los desvelos de polémicas como las del empirismo o el cartesianismo. Este sustento descontextualizado va generando sentido a la Antropología Poética, ocupando el lugar que en la ciencia tradicional ocupa la teoría. Por su parte la Antropología Literaria constituye un conjunto de obras con características diferentes; en un estudio anterior hemos demostrado como la ALCH es dueña de una tradición que se remonta a mediados del siglo XX desde los trabajos de Carlos Munizaga; ello bajo la influencia del poeta y antropólogo Alfred Metraux, quedando mucho trabajo por realizar respecto de la relación entre surrealismo y antropología latinoamericana. Por otra parte, la ALCH está plenamente viva en los trabajos de Andrés Recasens, Clemente Riedemann, Ivonne Valenzuela, Carlos Piña y Sonia Montecino, y posee una coherencia que le proporciona un “aire de familia”, con lo

2 Conversando la otra noche con Ángel Flisfisch, fue él quien me sugirió hablar en esta ocasión de la sociología como un lenguaje que, después de sus clásicos y epígonos, al parecer ya no tiene mucho que decir al mundo. A mí esa intuición me pareció interesante, pues tenía que ver con lo que -de manera abstracta y general; más ‘sociológica’, por lo tanto- yo quería decir hoy, en el 40s aniversario de la FLACSO. Es sabido que en sus orígenes la sociología apenas lograba distinguirse de otros géneros, entendidos éstos como un universo ideológico-verbal diferenciados entre sí. Así, por ejemplo, hasta muy tarde -entrado ya el siglo XIX- su discurso se mantuvo entremezclado dentro del campo semántico de la filosofía, la historia, la literatura y el ensayo. Sólo con el tiempo llegó a constituir un lenguaje separado, relativo, objetual y limitado a una profesión intelectual. Una hipótesis posible de explorar es que, en ese proceso, la sociología mantuvo sin embargo, y prolongó, algunos elementos del género de la epopeya, intentando por el contrario separarse de la evolución de la novela, su eterna competidora. <http://www.redalyc.org/revista.aa?id=815>

cual podemos ya sustentar nuestra afirmación, respecto de la existencia de un canon experimental antropológico literario, lo que involucra el desenvolvimiento dinámico de una mutación disciplinaria.

En el contrapunto entre Antropología Literaria y Antropología Poética, vemos en los trabajos concretos de la ALCH analizados desde la década del 90 y en la primera década del siglo XXI, una instancia de narración, pero también de reflexión: he aquí el elemento fundamental que las diferencian, más allá de las eventualidades pragmáticas de la Antropología Poética Chilena (en adelante APCH), la cual se ha ido desarrollando de forma paralela bajo el alero del Fondo Matta (producto de la donación de dinero realizada por el pintor Roberto Matta para estos fines).

Hoy podemos diferenciar las obras propias de la Antropología Literaria de las correspondientes a la Antropología Poética (Alvarado, 2011); así, lo fundamental es decir que en la ALCH priman dos rasgos: una audacia al narrar que se encuentra más allá de los márgenes de la antropología postmoderna, y convierte a los textos de esta corriente en obras con un valor literario y científico, pero ello no la distingue de la Antropología Poética; el factor macroestructural fundamental (entendido como dimensión básicamente temática) es la existencia de una “voluntad por la teoría”, un esfuerzo intertextual y metalingüístico anudado a la narración y empeñado en hacer una reflexión teórica, ello dentro de un original acoplamiento creativo.

Lo anterior nos permite pensar que a futuro, más allá de la encomiable estetización de la antropología chilena, el intento de hacer teoría desde la periferia, no solamente guardará relación con metas académicas, sino que vemos a la ALCH vivenciando un vínculo complejo con la Academia, produciéndose marcados distanciamientos y acercamientos. No obstante aquello; en su identidad es un rasgo matriz: consiste en la existencia y persistencia de una reflexión teórica (en un sentido cartesiano en algunos casos y postmetafísico en otros); ello permite pensar que algo puede decirse claramente de la Antropología Literaria: que, sin abandonar una búsqueda estética, supera heurísticamente el lirismo de la Antropología Poética. Se trata de una potencia comprensiva en el sentido más fiel a sus formas textuales concretas y en el sentido más interpretativo del concepto.

En toda esta antropología experimental (APCH y ALCH) se vislumbra un valor académico y estético indudable, aspecto asociado a la audacia de

la experimentación, la cual aún no es percibida y valorada plenamente, ni siquiera por todos los circuitos antropológicos, y menos aún por los literarios; no obstante, pensamos que hay un valor innegable en lo realizado a nivel metalingüístico por la Antropología Literaria, ya que nos permite especular no solamente respecto de que académicamente en la ALCH, se completa aquí el ciclo del trabajo antropológico, que involucra la labor científica, labor que relaciona reflexión y evidencia; sino, que en el plano más propio de la sociología del conocimiento: creemos que ello permite vislumbrar la posibilidad de que esta ALCH tenga un rol en la sociedad chilena, ello más allá del circuito estrecho de los antropólogos mismos: Andrés Recasens ha influido en la visión que el Estado de Chile tiene de la pesca artesanal, Valenzuela ha abierto una sensibilidad distinta respecto de la cultura atacameña del siglo XX y de la religiosidad popular expresada en las “animitas”, Montecino es la principal teórica del género femenino en Chile gracias, en buena medida al impacto pragmático de sus obras, marcadas por un cariz literario; su libro *Madres y huachos* es un decálogo para todo(a) aquel (lla) que se preocupe del género y en particular del género femenino en Chile.

Lo dicho nos permite pensar que la Antropología Literaria no significa, ni significará, una ruptura radical con la antropología en un sentido clásico y tampoco obstaculizará el reconocimiento social de la profesión de antropólogo, sino que será un camino, no asumido ni legitimado por toda la comunidad científica social obviamente, de reconversión creativa y autónoma de la antropología chilena respecto de los países centrales (Europa y Norteamérica), ello en relación a lo que la antropología chilena es y especialmente en relación a lo que podría “llegar a ser” en su diálogo con el arte y la literatura.

Una soledad poblada de letras

En la dialéctica texto-contexto los desarrollos de la literatura chilena son parte en numerosas ocasiones de los efectos mismos de la casualidad y del absurdo; en 1842 se funda la Sociedad Literaria Chilena por parte de José Victorino Lastarria y otros discípulos de Andrés Bello, dando forma a una literatura de impronta nacional. Luego de ello, se desarrollan una serie de *galimatías*, a excepción de la literatura realista de Baldomero Lillo, y a algunos de los miembros de la comunidad literaria que se

reúne en la colonia (tolstoyana)³ de la comuna de San Bernardo, en la periferia de la capital de Chile. Posteriormente más que en un silencio los poetas y narradores al principio del siglo XX, quedan anonadados por el influjo de la sonoridad como también de la metalengua de Rubén Darío; no obstante, son también una forma de silencio estético que no solo se negó a la experimentación simbolista, sino que también, representó una semántica con poca capacidad perlocutiva más allá del remilgo amoroso o del ditirambo patriotero.

Pero intempestivamente ocurre el milagro, aparece el libro *Los Gemidos* de Pablo de Rokha: cuya primera edición se vendió al por mayor como papel para envolver carne en el Mercado Central de Santiago. Se publica también el libro *Crepusculario* de Neruda, para cuya publicación, debe vender el reloj regalado por su padre, y, simultáneamente se vive la aparición de la genialidad metalingüística de Vicente Huidobro, genialidad inclasificable en el medio chileno, originalidad que se parecía más a las visitas de un poeta francés a Chile, que de un poeta experimental propiamente nacional.

En el recurso al cartesianismo ingenuo en los desarrollos de nuestra antropología, el primer esbozo es la obra delirante de Nicolás Palacios (Alvarado 2013): *Raza Chilena*, que paradójicamente sirvió a las necesidades ideológicas de la derecha tradicional oligárquica; la antropología de campo es hasta, mediados del siglo XX, una labor propia de extranjeros extravagantes preocupados ellos mismos del exotismo como Martín Gusinde y Max Uhle. Tuvo más significación, el abandono de sí mismo que realiza Martín Gusinde en Tierra del Fuego, que el trabajo de campo empirista de chilenos como Aureliano Oyarzún, Tomás Guevara, Ricardo Latchman.

Solamente podemos hablar de una auténtica antropología experimental, original y con pretensión de cientificidad, no del todo eurocéntrica, en Chile con la aparición de la obra: *Vida de un Araucano* de Carlos Munizaga Aguirre el año 1959. Más que hacer la historiografía

3 La Colonia Tolstoyana consistió en una breve experiencia artístico-comunitaria realizada entre los años 1904 y 1905, liderada por Augusto D'Halmar y seguida más de cerca por Fernando Santiván y Julio Ortiz de Zárate. Durante décadas, constituyó una leyenda de la vida cultural chilena, hasta que el mismo Fernando Santiván, en 1955, publicara su obra *Memorias de un tolstoyano*, revelando muchos datos que contribuyeron a desmitificar tanto al proyecto de la Colonia misma como a su pretendido fundador. Es así que han existido hasta ahora dos interpretaciones respecto de la tentativa tolstoyana: una lectura tradicional y confiada, por un lado, y una sospechosa, por otro (Galgani, 2006).

de una trayectoria es necesario identificar los puntos de articulación de la antropología poética como “balada” postmodernista y de la antropología literaria simplemente como un esfuerzo, un tanto aislado, por constituir una antropología fiel a la tradición del pensamiento social y literario nacional, como también, como una apelación enfática a la memoria histórica: justamente es en este último punto donde estas textualidades de frontera se invocan o evaden su identidad y su sentido.

Olvido culpable y la apelación a la memoria.

Resulta significativamente contradictorio que la Antropología Poética surja en el contexto de la dictadura militar chilena, es decir, en el momento cuando más injusticia social y crímenes políticos se producen en nuestro país. Entonces aparece allí un esfuerzo de alineación y alienación, que más que realizar una apelación a la urgencia de las circunstancias, aquello que se realiza es sobrevolar la memoria impresionando a través de la capacidad expresiva de la literatura; cuando a finales de la época de los 80, algunos antropólogos chilenos se definen como postmodernistas no hacen más que encontrar y usar una postmetafísica como coartada para su falta de compromiso histórico.

Pero si la memoria está invitada incómodamente, florece de todas formas, vigente al hacernos una pregunta sistemática respecto de un sistema textual producido por unas decenas de autores y que resulta desconocido a nivel internacional; es la antropología poética y literaria, que aparecen de manera simultánea pero definidas desde distinciones morales totalmente distintas. Son parte de un esfuerzo expresivo, que lejos de ser una manifestación postmodernista, es ante todo una continuidad conservadora de la analogía estética presente en la escritura respecto de la alteridad en Latinoamérica. Resulta arriesgado usar la palabra conservador, pero lejos de fundar u originar los experimentos literarios antropológicos chilenos, son la continuidad de un tipo de analogía estética. Aquí se nos está presentando algo mucho más contundente: todo examen de la realidad latinoamericana producido desde mediados del siglo XIX, ha recurrido a una estética y por lo tanto a una poética, más que a un sistema de pensamiento coherente (en el sentido del logos occidental); José Martí, y Domingo Faustino Sarmiento, son actas fundacionales, uno anticipadamente en cada hemisferio del planeta, de las necesidades expresivas que surgieron desde el Estado Nación del siglo XIX y que hoy parecen refundadas en los desvelos multiculturalistas de

principios del siglo XXI. Existe un “grado cero” para la escritura de la diversidad latinoamericana, este es el conjunto de desvelos de las elites intelectuales del siglo XIX, que como persistencia reaparecen a finales del siglo XX; y se trata más de una búsqueda expresiva que de un intento racional.

El verbo de las imprecisiones

En un reciente congreso de estudios interculturales⁴, nos sorprendió la plena coincidencia entre nuestro libro *Aculturaciones* (2013) y las preguntas del gremio de los Profesores en Chile respecto del concepto de interculturalidad; ello guarda relación, a nuestro entender, con la ambigüedad polisémica con la que hoy se usa el concepto de cultura y con el hecho de que esta ambigüedad se proyecte a nivel de la multiplicidad de conceptos que de esta palabra derivan, como lo son: multiculturalidad, aculturación, enculturación, etc. Sin embargo, ello no solo se proyecta en una discusión o alguna incertidumbre de tipo teórica, sino que guarda relación con otro fenómeno que podríamos denominar como la sociología de la antropología; y más concretamente en una particular dimensión de esta sociología, la cual se corresponde con un hecho casi obvio, pero no por eso menos significativo: la ciencia antropológica, como la mayoría de las ciencias sociales, son un invento de la sociedad europea y surge para develar las complejidades de la modernidad y de la industrialización, por lo tanto, son ciencias producidas por mentes eurocentradas, incluso en el caso norteamericano. Si conectamos la imprecisión conceptual con la experimentación estética, no puede el texto antropológico literario ser sino gnoseológicamente aquello que se pierde y se recupera convertido ya en otra cosa: un canon experimental, impreciso y emergente como es el propio de la ALCH.

Así como Marvin Harris (2004), da cuenta de los resultados en Estados Unidos de los efectos del surgimiento de antropólogos provenientes del mundo obrero norteamericano, en América Latina y Chile podemos presenciar la aparición de elites locales, primero occidentales y luego incluso indígenas, que han remecido el espectro del mundo occidental con una antropología que intenta ser descolonizada, y por lo tanto, representar otra mirada de la mismidad desde un acentuado relativismo

4 Encuentro más reciente sobre Interculturalidad y Educación, desarrollado en la Universidad de Concepción, organizado por la Central Unitaria de Trabajadores (CUT).

cultural; es indudable que para narrar desde este punto de mira los estilos retóricos de la ciencia tradicional resultan limitados; es allí donde aparecen las formas de antropología estetizada y por ello mismo, responden a necesidades expresivas y no a modas intelectuales como el postmodernismo (cómo ya hemos planteado aquí); es casi irrisorio que se trate de aducir un contenido postmoderno cuando en realidad pareciera más bien tratarse de una añoranza de las formas expresivas de la literatura. La ambigüedad del concepto de cultura parece ser una variable concomitante para comprender la explosión de metáforas propias de las antropologías poética y literaria. Desde la imprecisión teórica surgen retóricas de la imprecisión, que se transformaron en poéticas experimentales y del mismo modo coherentes, coincidentes mucho más con la historia de la escritura en América Latina, que con las formas de experimentación eurocéntricas contemporáneas. Pero la imprecisión puede tener efectos y vínculos insospechados: la originalidad expresiva se cruza y por momentos se contrapone con vigencias éticas.

El rasgo que caracteriza a la experimentación textual de la ALCH es que más allá de su metalengua, vemos un tipo de apelación al sentido que se infiltra en medio de un experimentalismo pretendidamente nihilista, a la manera de la interpretación que Heidegger (1996) hace de la frase “Dios ha muerto”, planteada por Nietzsche en la *Gaia Ciencia*; la crisis de la metafísica suele ser una crisis de planteamiento y no una acta de defunción. La coherencia entre la crisis de la metafísica occidental europea y los intentos de superación de la metafísica en el discurso antropológico latinoamericano, demuestran la imposibilidad misma de la liberación del “sentido” por parte de cualquier forma de narración de la alteridad. La huida de la opción ética que intentan la antropología poética o la narrativa de la generación de los ochenta representada en Chile por Alberto Fuguet, son expresión tanto del deseo del sinsentido, como de la imposibilidad misma de salirse del sentido; porque en esta huida de la opción ética la narración queda capturada en una retórica de la descripción, que lejos de ser neutral, solo es un pendón en el abanico de los efectos sociales y culturales del capitalismo; cualquier narración que intente pasar por alto temas como la inequidad social se transforma en un sonido hueco, en un desierto inerte, pero en el cual penan las expectativas, a la manera de los fantasmas de Juan Rulfo.

La pretensión de huir del sentido y de abandonar la metafísica es ante todo una suerte de ideal eurocéntrico, que nadie ha demostrado que

sea posible, como tampoco que sea algo positivo en el plano social; si se trata de huir del sentido en términos metafísicos occidentales eso ya fue intentado hace 2600 años por el budismo, la mayoría de las religiones naturales (arcaicas) no se sustentan en una metafísica del bien y del mal ni en valores que podemos identificar como universales, confirmándose la noción estructuralista que más allá del tabú del incesto, no existe otro principio que sea universalmente aplicable. Ello aumenta la ansiedad en los sectores conservadores, mientras el mundo progresista es tentado con un relativismo axiológico, que lo hace contradecirse respecto de los ideales emancipatorios del discurso filosófico de la modernidad; no es posible narrar ya desde un juego ditirámico entre la utopía arcaica y la redención modernizadora. En ambos casos, la narración de la diversidad se transforma en una filípica, ya sea en una “suma contra los gentiles” o en una “suma de apología de los gentiles”, configurándose una suerte de “tomismo antropológico” que de apelar desesperadamente al sentido, termina renunciando al sentido mismo. Así, de querer narrar el escándalo nos transformamos en “narradores escandalosos”, y pasamos desde el cartesianismo hasta una evasión del sentido que intenta ser narración descomprometida; pero somos escritores occidentales sobre quienes pesa la maldición o la bendición, según se le mire, de la apelación al sentido infiltrada en nuestra narración, probablemente la única conclusión respecto a este punto, es que ni el compromiso totalmente relativizado ni el descompromiso absoluto son algo que pueda realizarse al menos en nuestro lenguaje.

Desde la libreta de campo hasta el más sofisticado film etnográfico, siempre el punto de mira estará definido por la cultura occidental y en este aspecto es el lenguaje el portador de un sentido que desmiente cualquier forma de pulcritud aséptica en la narración. Por lo tanto, toda construcción de la alteridad o la mismidad, es siempre una etnoficción, y toda ficción es en términos lacanianos (Lacan, 1984) el punto de encuentro entre lo imaginario y lo simbólico. Lo imaginario es el modo en que el narrador etnógrafo construye una visión de aquello que quiere narrar, y lo simbólico es el lenguaje llevado al plano de recurso elemental de la narración. Ninguna narración etnográfica ni teorización antropológica es posible fuera del lenguaje. El acto fallido o la hipnosis profunda, son algo que supera la visión de un observador para develar las expectativas, contradicciones, limitaciones y también el altruismo de un tipo de narración y de reflexión, que no puede poner de un lado la antropología

y del otro la ficción, pues ambas cosas son lo mismo. La etnoficción (Auge, 1997) se construye en las palabras y desde el imaginario de quien narra, como también la etnografía. Ambos tipos textuales no podrían surgir desde otro umbral.

El absoluto de la memoria

...“la prudencia que es la derrota en la ancianidad”

Pablo de Rokha

Hoy en Chile a 4 de septiembre de 2013, se preparan dos textos, más específicamente dos discursos, uno del Presidente de la República Sebastián Piñera, el otro de la más probable ganadora de las elecciones de noviembre, la ex presidenta Michelle Bachelet. Estos discursos versarán respecto de un día puntual, un espacio en que pareciera que el tiempo quedó suspendido, el 11 de septiembre de 1973; ambos textos girarán en torno a los dos ejes que cruzan este momento axial de la memoria chilena: el del pasado, aduciendo que allí están las causas y el del futuro, asumiendo también, que allí se encontrarán los efectos. En ambos discursos la nitidez se perderá en la medida en que nos acerquemos más al presente y en que nos alejemos más del pasado; pero de sobra sabemos que ningún pasado rememorado podría hablar de la violencia y barbarie de ese momento, y que el futuro se retrotrae al pasado este mes de Septiembre en Chile como un rito de desconcierto. El pasado nos embiste, hace acto de presencia, recordando dolores, rencores, culpas.

La palabra perdón es una suerte de coartada sacral, y ritualmente sacramental; el verbo “responsabilidad” es un mecanismo de vaciamiento para asumir culpas que se esfuman en el atolladero de las angustias colectivas. Pero debemos partir del supuesto planteado por Gastón Bachelard de que en las ciencias humanas estamos en el bosque y así el vuelo de una mariposa en Chile, incide en el mercado de valores de Tokio, y por tanto todos los que respiraban ese día axial del año 73 del siglo pasado tienen responsabilidad. Pero eso no significa nada, da cuenta de la vida social como un hecho variable y de la operación de la dicotomía entre lo objetivo y lo subjetivo, de esa dicotomía falsa que hace repartir responsabilidades y prestidigitar culpas. En resumen, no hay culpables ni inocentes al momento de hacer una escritura que sea hermenéutica de la Historia solo cuando la memoria destila valores, la culpa y el daño toman su lugar en la narración y en la teoría. El acto

del perdón es más bien el acto de introyectar el trauma a la espera de circunstancias más propicias, quizás esperando espantados el momento en que para quienes lo vivimos el “golpe” y posteriormente la dictadura tendría el peso de una violenta glaciación o una infernal erupción, que suponemos horrenda pero de la cual quedan huellas en una piedra dura e inmutable; el trauma será paisaje y mientras tanto, y ambos discursos presidenciales dilapidarán palabras, no para explicar, sino para ser políticamente correctos con el propio bloque histórico, como si la idea de punto medio fuese una llave para los consensos comunicacionales, (nunca comunicativos). Así, se asume neuróticamente que el concepto de verdad no es un orden discursivo de la microfísica del poder, sino un asunto de resentidos y neuróticos que la idea de futuro elimina. En el discurso político oficial suele no haber futuro para la memoria; y la memoria, se transforma en una suerte de leprosa habitando las inmediaciones de la comunidad, donde se le arroja alimentos como expresión de una culpa muy bien canalizada, una culpa, que es una cuerda más dentro de una armonía que mantiene el ritmo histórico, por injusto que este rito sea. No es la ética de la memoria lo que prima hoy sino la funcionalidad del olvido, y el remedio de la memoria es un espacio hueco de sentido, una alegoría sin peso perlocutivo, es un visitante incómodo pero recurrente, como el demente que es enviado a su casa el día de fiesta. ¿Puede la antropología de frontera ser un aporte para este estancamiento en el procesamiento de la memoria?

No hay Antropología honesta sin memoria histórica

La superación por parte del psicoanálisis lacaniano de la “clínica de la mirada”, tiene un equivalente en el cuestionamiento de la etnografía clásica. Cuando la antropología descubre que el informante es deliberante y que en muchas ocasiones dice lo que él o ella cree que el etnógrafo desea escuchar; así se integran dos personajes en escena: primero, el propio etnógrafo que asume su producción como escritura, y luego, al receptor como componente del texto, admitiendo que las lecturas del lector del texto antropológico no son las del lector modelo arquetípico, sino todas las formas posibles de miradas de los paisajes socioculturales, que se derivan de las infinitas cadenas significantes posibles. Acaso todo intento antropológico literario sigue la huella de Jean Genet, Jorge Luis Borges o Juan Goytisolo, deambulando entre lenguas y tradiciones

culturales; con una escritura vivencial, etnográfica y compleja. El esfuerzo antropológico literario no es nuevo como intento de narrar la alteridad, para un especialista en literatura en cualquier parte del mundo; lo novedoso es que desde Chile, con su carácter culturalmente insular y del mismo modo, como sociedad ávida de la última novedad europea o norteamericana, se desarrolle un género textual que es básicamente, y sin quererlo en algunos casos, un tipo de texto contracolonial y disonante respecto del Chile de principios del siglo XXI.

Debemos aclarar, que el intento de este artículo no consiste en identificar fuentes u orígenes a la manera evolucionista, o a la manera de una cadena monogenista, en la cual sin duda abundarían los eslabones perdido; el objetivo de estas notas no es realizar una historiografía de la Antropología Literaria Chilena; ni siquiera es establecer una arqueología de ella a la manera faucaultiana; se trata de algo diferente: dar cuenta de la existencia de una mutación transdisciplinaria en la antropología chilena que, desde sus orígenes a mediados del siglo XX, intentó generar una voz propia desde la imitación fundamentalmente de la antropología social clásica británica, hasta el nexo permanente con la literatura bajo la existencia de formas intertextuales, retóricas y semánticas de origen literario. Sin embargo, el sentido de este trabajo está centrado en la identificación de la metalengua de esta corriente, básicamente para realizar una demostración, que puede parecer elemental, pero no lo es: la existencia de la Antropología Literaria como afirmación se basa en nuestro supuesto, de que existe un género discursivo que involucra una mutación, en el canon textual de la antropología; esta mutación, sin duda se corresponde con los esfuerzos desarrollados desde Claude Lévi-Strauss en adelante, en paralelo con la apropiación del aporte de autores como Michel Leiris o George Bataille (Alvarado 2011), pero posee un rango de originalidad notorio, siendo ella un fenómeno con una notable historicidad, ya que viene desarrollándose a lo menos hace 40 años en Latinoamérica. No deja de ser una coincidencia significativa que el Golpe de Estado ocurrió en Chile hace 40 años.

La frontera es siempre un lugar para optar

Ya poseemos claridad respecto de que en la ALCH se encuentra presente permanentemente la denuncia ética respecto del costo social de los valores, lejos del postmodernismo (como sí ocurre en la APCH), no hay aquí nihilismo sino un condolerse respecto del sufrimiento del otro y

desde allí denunciar este sufrimiento, ello generado invariablemente por el costo social de los valores que el capitalismo, en este caso periférico, implica para Chile. Además, es fundamental destacar la existencia de un deseo de belleza en la escritura, que se expresa: en el amor heterosexual, el amor al paisaje, la búsqueda de la pureza en contextos de extrema opacidad; este mismo compromiso ético se transforma en lo que Pound llamaría en sus *Cantos* “amor”, ello es un rescate esperanzado de aquello que va más allá de la belleza y que permitía la superación del costo social de los valores (Alvarado 2011), tanto desde un lirismo por momentos delirante, como también impulsado por objetivos prácticos que son parte de la tradición de intervención social propia de la antropología profesional a nivel universal.

Asociado a este desarrollo semántico macroestructural (Van Dijk 1989) vemos en perspectiva la generación de un nuevo vocabulario que entra en la ALCH bajo la forma de neologismos, que dan lugar a tipos ideales en el sentido webereano, los que tendrán su raíz en la literatura pero ampliarán la capacidad narrativa e interpretativa de la antropología; estos neologismos tenderán, tanto a una variedad léxica amplia como a una profundidad semántica, que irá de la poética a la teoría. Ello involucrará a mediano plazo la canonización de nuevas metáforas, las que no solamente serán instrumentos narrativos, sino que, desde una reflexión teórica bien fundada, tendrán tarde o temprano influencia social; esta influencia les permitirá proveer de textualidad a lo aún no narrado por su novedad, y también a lo que de ser tan evidente no requería ser nombrado, y al ser nombrado resulta este nombrar en una nueva mirada por parte de la sociedad como conjunto. Este es el proceso que hace esencial el estudio de la Antropología Literaria. En este proceso en marcha el lenguaje de la ALCH se encuentra enraizado en un barroquismo esencial el cual articula a la metáfora asumiendo la metaforización como un punto central de la “supremacía del significante” (Lacan, 1984); ello no por un asunto solamente de estilo escritural, sino también por la necesidad de exacerbación de la forma que da lugar de manera ostensible a la generación de categorías narrativas e interpretativas que, a la manera de Lezama Lima (y su escuela de neobarroco literario) (Sarduy, 1999), emanado del barroco popular americano y del proyecto ecuménico del barroco, se transitará desde el clasismo de la antropología hasta la exacerbación barroca del lenguaje. Se generarán nuevas palabras para dar cuenta de nuevas diversidades y en este contexto los neologismos no serán un

obstáculo, sino un instrumento para el logro de esta utopía ética y técnica fundamental de toda antropología, esto es la comunicación intercultural.

En lo referido al plano de la incidencia de lo histórico contextual de la ALCH, la contraposición entre barroco y clasicismo repercute en la contraposición entre barroco y modernidad; basa su visión de la cultura latinoamericana en la identificación persistente de un sincretismo que hace del barroco no solamente un hito histórico, sino una realidad que más que híbrida es sincrética, ello en la acepción antropológicamente más clásica de sincretismo: esto es el producto del encuentro entre dos o más formas culturales que dan lugar a una tercera, la cual no es una réplica de sus formas originarias sino una sensibilidad y un modo específico de organizar las relaciones sociales y productivas. Vemos en la Antropología Literaria una sensibilidad barroca como macroestructura semántica y epicentro metalingüístico, lo que puede surgir desde aquello que genialmente Sarduy llamó la "perla irregular" (Sarduy 1999). El barroco es una construcción cultural generada por un grupo humano, a nivel tangible tanto como a nivel ideal, pero en nuestra interpretación preferimos hablar de una espiritualidad barroca, que dé cuenta de aquello que hemos llamado amor, en términos de Ezra Pound, y que se hace vida en la opción poética de nuestra Antropología Literaria: el barroco no es solamente la manifestación de los grupos populares latinoamericanos, como tampoco es expresión exclusivamente de aquello que nos diferencia cultural, social y económicamente de las sociedades de los países centrales; es un tipo de espiritualidad que emana de raíz católica, pero que la secularización ha convertido en una estética de la exacerbación, y esto no solamente se extrae a nivel de los productos estéticos, sino propiamente de una espiritualidad, entendiendo por espiritualidad la conjunción entre una estructura psíquica y sus patrones culturales que dan lugar a formas estéticas y desde la cual se pretende aportar sentido a las incertidumbres del vínculo con los otros. Esta espiritualidad es expresión, no de las expectativas del goce simplemente, sino del deseo como utopía y como norte; es un amor, que añora y que idealiza, que desborda y que contiene.

Asimismo, nuestro planteamiento para la Antropología Literaria consiste, en el plano de la autoría, en que se trata de unos *alter ego* que reciben nombres diversos: el etnógrafo, el científico, el autor textual, el sujeto, el nativo, etc., o un nosotros abstracto. No obstante, todos ellos representan lo que por ejemplo Fernando Pessoa (Alvarado 2011) utilizó

bajo la forma de sus numerosos heterónimos. Se trata por lo tanto de asumir que el antropólogo al escribir expone una imaginación colectiva, una sorpresa y un arraigo frente a los estilos de vida, que también reflexiona respecto de ellos. Sin embargo, ni siquiera el escribir en primera persona libera de que instantes después de haber sido escrito el texto pasa a ser una entidad libre, donde el antropólogo es una estrategia narrativa, una identidad semiótica, –decir yo ya es decir otro,– el antropólogo literato es un sistema de heteronimias, por ello más que robo del habla o proyección del psiquismo del antropólogo, la Antropología Literaria utiliza y utilizará este recurso de manera insistente, no como demostración de una debilidad sino como una forma de expresión de la intertextualidad, de los múltiples hipertextos que operan en la escritura del antropólogo. Ello dará libertad. La incertidumbre sobre el origen de la escritura antropológica ya existe, aunque muchos antropólogos no tengan siquiera conciencia del fenómeno. La esencia de estas reflexiones se fundamenta en considerar que la ALCH es más que un “surrealismo sin inconsciente” (Clifford, 1986), por ello supera la experimentación textual postmoderna, en tanto si bien contiene una metalengua en proceso, vemos a la ALCH como la clara expresión cultural y discursiva de procesos psíquicos y sociales conjugados, donde el inconsciente y el devenir sociocultural se ven amalgamados, y por ello contexto y substrato inconsciente del texto son aquello que para nosotros lo define.

Así visto nuestro fenómeno, reconocemos como autónoma la Antropología Literaria, pero ella sustentada en dos lugares: por una parte un sistema simbólico nutrido desde una metalengua barroca, coherente con el desarrollo de la literatura y de la cultura latinoamericana, el universo simbólico es por tanto exacerbado y multiforme, pero esta exacerbación de la forma, no es gótico degradado, sino un barroco que da cuenta de una racionalidad específicamente latinoamericana. Y este simbolismo barroco se amalgama, visto psicoanalíticamente, con un universo de lo imaginario, que es la forma específica que en este la antropología toma el ámbito de aquello que Cortázar y García Canclini (Alvarado 2011) denominaron como lo fantástico. Lo fantástico así no es aquello que carece de realidad sino aquello que permite, desde la superación de la evidencia empírica, asumir el absurdo y de esta manera no exigir a la realidad que se identifique con lo racional, ya que la racionalidad que subyace no es una racionalidad ilustrada sino una racionalidad barroca, es una perla irregular, a decir de Sarduy.

Lo imaginario definido desde lo fantástico y lo simbólico definido desde lo barroco da lugar a una realidad que lejos de ser un “surrealismo sin inconsciente” es un escritura barroca latinoamericana, la cual narra la realidad, pero aquella realidad barroca identificada por la relectura que hace Lacan (1984) de Freud, en la cual lo real surge de la fusión entre lo simbólico y lo imaginario. Nuestra Antropología Literaria es congruente con su contexto cultural y su devenir histórico, así apela a un realismo radical, pero a un realismo que no se desvirtúa en la evidencia sensible sino que se nutre del inconsciente colectivo para que lo fantástico defina una realidad que va más allá de la evidencia.

Si definimos hipotéticamente a la ALCH como un tipo de discurso “de cruce”, que se nutre tanto de la discursividad científico social como de la literatura, deberemos afirmar que el establecimiento de un perfil más preciso de esta solamente puede establecerse desde la respuesta a dos preguntas muy similares en su estructuración pero disímiles en el tipo de respuesta que requieren, estas son: ¿Por qué la ALCH no es en sí misma un tipo más de discurso antropológico, dentro de la inmensa variedad que de estos existen? Y muy relacionado con lo anterior, ¿Por qué esta Antropología Literaria no es en sí misma literatura, con algunas variantes, pero literatura al fin y al cabo? Por una parte podemos afirmar que esta Antropología Literaria no es literatura porque su lector y su autor modelo (Eco 1981) están definidos respecto de la ciencia antropológica y sus grandes macroestructuras semánticas, ello se configura en términos de Clifford y Marcus (Clifford y Marcus, 1986) en una intensión de sus autores. Agregaríamos nosotros que desde Eco se trata de autores modelo tanto como de autores empíricos, lo cual le confiere un carácter fuertemente autorreferencial, en tanto este autor modelo es un antropólogo que define su posición en el mundo y por lo tanto en su obra, desde su condición disciplinar. Así se asume y se predica de manera tanto implícita como explícita que la antropología sería una forma de vida. Reconocemos que el concepto de intención definido desde Clifford y Marcus se refiere a una intención teórica, mientras que Eco habla de evidencia textual, no obstante, esta intención traspasa el nivel teórico mismo para inundar la composición del texto de la ALCH. Si no supiésemos nada de la antropología contemporánea, aún reconoceríamos una intención no literaria en estos textos.

Desde la consideración de lo anterior vemos que la intención del autor modelo saca al texto antropológico literario de los marcos exclusivos de

la literatura, sin embargo, esta intensión no basta para constituir a la ALCH en un texto exclusivamente antropológico según la normatividad que este discurso posee en la ciencia normal, como caracteriza Thomas Khun (1992). En lo que respecta al lector modelo presente en este discurso, podemos afirmar que se trata de un sujeto arquetípico (y por ello incontrolable), alguien con conocimientos más que elementales de antropología, conocedor de algunos avatares de esta disciplina en nuestro país, que en el ámbito axiológico se define desde una postura crítica frente a la realidad chilena, y que fundamenta su acceso al texto desde la aceptación a priori de la utilización de recursos estético-literarios en la elaboración del discurso antropológico. Un curioso lector, culto al extremo, que es capaz de ir desde la poesía experimental hasta conceptos técnicos en el ámbito de la intervención social, pasando por la intra historia del gremio antropológico en Chile.

Para diferenciar aún más las aguas respecto al postmodernismo antropológico, resulta pertinente recordar que el contexto de surgimiento de la antropología postmoderna norteamericana está definido por la corriente denominada genéricamente como “Estudios Culturales”, la cual se define desde la interdisciplinar y la transdisciplinaria, lo cual supone un contexto de recepción conocedor de los rudimentos de variadas disciplinas académicas. No es este el contexto en que surge históricamente la ALCH, siendo esta una explicación posible para que estos textos sean leídos simultáneamente en algunos contextos como antropología y en otros como literatura, no lográndose aún en nuestro país asumirlos como textos híbridos de una género emergente, ello en tanto se requeriría que los lectores empíricos dominaran áreas como la teoría antropológica, la etnografía, junto a la teoría e historia de la literatura. Ese lector modelo subyace en los textos de nuestra Antropología Literaria, pero como lector empírico, a nuestro parecer, en nuestro país no existen más allá de reducidos espacios académicos, y esto no puede ser asumido como postmodernismo: ni hay un contexto postmoderno de emisión y recepción de la ALCH ni hay un manejo generalizado tan interdisciplinario. La figura específica del lector modelo nos pone frente a un tipo de textos que resultan expresivos de una modernidad barroca, el cual surge de manera muy anterior al postmodernismo de los países centrales y resulta más bien un tipo peculiar de mutación cultural y disciplinaria y no una mera copia de corrientes norteamericanas y europeas; sólo posteriormente al surgimiento de varias de las obras que componen el corpus de análisis

de nuestro estudio es que algunos de sus autores se abanderizan, en un simulacro no bien montado, con la corriente postmoderna, ello nos permite diferenciar a nuestra Antropología Literaria desde su metalengua y recoger un elemento distintivo de su identidad escritural.

El autor modelo por su parte (asumiéndolo como un recurso estético literario) define su posición desde lo que Marc Augé (1986) denominó como un “otro interiorizado”, que se constituye desde una suerte de idealización estética, cuya base surge de antecedentes etnográficos, de la propia experiencia de campo, de la literatura y de la propia realidad experiencial y psíquica del antropólogo literato. Este sujeto autor modelo se encuentra incómodo con muchos de los moldes de su propia cultura, su clase y su disciplina científica (obviamente la antropología como en Chile se practica), y descubre en la literatura un conjunto de procedimientos textuales, capaces de hacer salir de sus cauces un nuevo otro dentro de su construcción discursiva. Así, este otro interiorizado se constituye en un sujeto autoconsciente del modo en que su propio acondicionamiento sociocultural lo lleva a mirar la cultura, y por ello a desarrollar la escritura antropológica, la cual se sale evidentemente de los límites disciplinarios, para constituirse en un tipo de texto híbrido; por lo tanto, hemos denominado como hermenéutica cultural (Alvarado 2013) al conjunto de procedimientos desarrollado por estos autores modelo, los cuales representan toda la contingencia de sus autores empíricos, con lo cual el acceso al otro interiorizado se constituye básicamente en una forma de reafirmación del yo, en la lógica de la concepción psicoanalítica del “yo” que plantea Lacan (1984). Hay un ejercicio de tremenda autorreferencia en esta hermenéutica, que entiende al ser de cada cultura como expresión del “yo” proyectado en el “otro”. Ese otro interiorizado es por tanto, más que la búsqueda de la alteridad, es un encuentro con el modo en que el autor empírico construye un otro desde los procedimientos del autor modelo, el que apela a un lector modelo no muy distinto de sí mismo.

Conclusiones

En nuestro planteamiento inicial comenzábamos señalando que el conjunto de obras compuesto por la ALCH consiste en un tipo de producción textual iniciadora de un nuevo género discursivo de frontera, en tanto no responde pragmáticamente ni al canon científico ni al literario con exclusividad. Respecto de esta aseveración inicial pensamos que en términos generales la lectura intensiva de los textos

seleccionados en distintos procesos de investigación en los últimos 20 años, y su contextualización respecto del canon literario y científico, nos permite afirmar que efectivamente nos encontramos frente a un género textual híbrido y fronterizo, en cuanto pragmáticamente no responde a los circuitos de circulación de la literatura pero tampoco son estas obras legitimadas por los circuitos antropológicos tradicionales, generando estos textos sus propios circuitos de circulación y por lo tanto de recepción y lectura. Espacios institucionales y culturales como lo son el Departamento de Antropología de la Universidad de Chile, y diversos proyectos Fondart y Conicyt (Fondos de apoyo a proyectos científicos financiados por el Estado), que se constituyen como espacios de producción, desde donde los textos convocan a su público receptor. Dichos textos se sitúan en concordancia con el lector y el autor modelo identificado: en cada uno de los textos analizados. Este autor es ante todo un antropólogo, portador, ya sea, de una sensibilidad y prestancia para el experimento textual frente a la diversidad sociocultural, como a su vez, poseedor de un cierto nivel de conocimiento respecto de los desarrollos de la literatura y la ciencia antropológica.

La metalengua explícita e implícita de estos textos excluye la literatura, pues no hay la intención de moverse pragmáticamente en el ámbito literario de parte de sus autores y menos aún se intenta que los textos sean recepcionados como literarios, no obstante, tampoco esta metalengua coincide del todo con el canon antropológico, en tanto resiente el concepto mismo de ciencia y la posibilidad de acumular verdad desde la reflexión y la escritura presentada: ha nacido un género textual híbrido, pero este es un género muy particular y rupturista, y se diferencia de la Antropología Poética; se trata de una nueva forma textual antropológica y no de alguna forma nueva de literatura, por lo que su hibridez estructural ubica su contorno en la antropología y sus contornos y base de articulación son de carácter literario.

Por otra parte, afirmamos que en este nuevo género se interconectan el uso de elementos macroestructurales e intertextuales (desde la literatura hacia el texto antropológico literario) y metalingüísticos, propios de los géneros literario y científico, lo cual configura una identidad genérica que supera el plano de lo pragmáticamente funcional, para configurar un tipo de producción textual particular, la cual es posible de identificar por medio del análisis del conjunto de textos que conforman el corpus de esta corriente y que no agotamos en este estudio. En lo que respecta a este

punto deberemos ser cautos y afirmar que si bien la literatura confiere una base expresiva a esta Antropología Literaria, en lo que respecta al nivel intertextual, a la generación de superestructuras textuales, a la metalengua presente en la corriente, y también a sus macroestructuras y semánticas. Por sobre todo, hemos identificado que responden al modo antropológico de producir un texto, centrado por ello en la temática de la diversidad. Además de que específicamente responden a la lógica de la producción de artefactos culturales, cuya meta es producir una ruptura en el campo científico antropológico, pero no el crear una nueva manera de hacer literatura.

En el plano metalingüístico ni una sola de estas obras se reconoce a sí misma como un texto literario, más bien ocurre lo que Sonia Montecino define como “cruce” (Alvarado 2011), donde el uso de la metáfora, la intertextualidad de origen literario, o el imitar el discurso narrativo literario, el utilizar temáticas ya trabajadas desde la literatura, son más bien instrumentos donde se utilizan estos recursos fundamentalmente desde la constatación de los límites y las precariedades del discurso antropológico tradicional. En el nivel de las macroestructuras textuales, estas provienen básicamente del ámbito antropológico tradicional, así lo hemos demostrado desde la reiterada constatación de la mantención del rito (Alvarado 2011) como tema eje en cada uno de los textos analizados: más que tomarse temas de la literatura, se tomaron problemáticas de carácter antropológico, para luego descubrir que en gran medida estos problemas científicos ya han sido tratados desde una óptica literaria y con ello se suscita un proceso fundamental de recurrir a la literatura como fuente expresiva, no obstante, las macroestructuras textuales son básicamente antropológicas. Es por ello que cuando autores como Carlos Piña (crónicas en un sentido literato y amplio) utilizan estrategias narrativas del cuento, o Andrés Recasens utiliza el tipo textual lírico, o Sonia Montecino recurre a los géneros testimonial y a la ensayística literaria, su aproximación a estos tipos textuales se define desde un plano instrumental. Por ello la macroestructura de corte antropológico permite el uso de superestructuras textuales (tipos textuales) de corte literario, que van en auxilio, justificadas por la metalengua, del antropólogo extraviado en un mundo inconexo, que requiere de la literatura para expresar lo que intenta expresar aquello que hemos entendido como lo fantástico.

Esta base antropológica del nuevo género textual se ve reafirmada en el modo que desde la pragmática se han definido en cada uno de los textos, autores y lectores modelo, que circulan en los circuitos antropológicos, ninguna de estas obras son dirigidas a un público masivo, y creemos que el extraño intento de *Luna con Menguante* de Sonia Montecino, de convertir al texto en un objeto de consumo, lo tiende a caricaturizar, convierte un texto de autorreferencia de la autora respecto de su encuentro con la alteridad de una Machi (chaman), en un texto de un exotismo fabricado, no por la autora sino por el paratexto que acompaña al libro como producto en un mercado. La configuración pragmática de este nuevo género discursivo le hacen adquirir este *habitus* (Bourdieu 1995) de creación que se evidencia en las obras que lo componen. Así en esta dialéctica entre texto y contexto, artefactos culturales que expresan las desilusiones y marginalidad de un grupo de profesionales que en tanto autores empíricos operan sobre sus textos, tiéndolos de ese matiz, tonalidad entre comprometida y dolorosa, frente a fenómenos tan concretos como la pobreza o la violencia política, lejos están no obstante, de conformar un tipo de texto antropológico o literario comprometido políticamente, sino que más bien expresan esas desilusiones frente a una lógica histórica que supone que la realidad social puede ser racionalmente descrita porque se encuentra racionalmente organizada. Es por ello que desde el autor modelo navegando en su incertidumbre, vemos cómo fabrica a un lector modelo, a quien efectivamente se le intenta provocar el placer con mayúscula a decir de Barthes (1989) que involucra la identificación con las incertidumbres del autor textual, que son sociológicamente las del autor empírico. Así el antropólogo literato crea su público, en tanto el texto crea su contexto de recepción, este es el de un circuito intelectual, donde también reinan las incertidumbres y las dudas, y un modo de esquivar las preguntas por el sentido, o también una posibilidad de encontrar las respuestas tan esquivas, es este fuerte recurso a la diversidad.

El “otro” es un espejo donde el lector modelo deberá retratar sus dudas y el goce se logra cuando existe más certidumbre respecto de constantes antropológicas. Cada uno de estos textos retrata algún tipo de encuentro con un otro, pero un encuentro que se genera, no desde la fabricación del exotismo, sino a partir un encuentro desde la incertidumbre en las que el otro, el pescador, la machi, el sujeto popular urbano, la animita,

etc. es una fuente de certezas, un modelo arquetípico que entrega al autor modelo las certezas que sus personajes o narradores buscan tan desesperadamente. Por ello el ámbito de recepción se fabrica en cada uno de estos textos, desde la premisa básica de que en el encuentro con el otro se hallarán respuestas frente las incertidumbres, que ni su clase ni su cultura, sin su disciplina científica, le proporcionan al antropólogo literato, y que tampoco le entregaron a quien recepciona el texto, sea este antropólogo o no. Solamente basta compartir la incertidumbre para ser un receptor adecuado, y de ese receptor está poblada la pauperizada clase media chilena.

Referencias bibliográficas

- Auge, M. (1997). *La guerra de los sueños: ejercicios de etnoficción*. Gedisa: España.
- Alvarado, M. (2001). *La antropología poética chilena como textualidad híbrida*. Tesis Doctoral. Valdivia: UACH, Doctorado en Ciencias Humanas.
- _____. (2002) a. Introducción a la antropología poética chilena, *Estudios Filológicos* 42: 169-183.
- _____. (2002) b. *Ensayos de Análisis Cultural*. Valparaíso: Facultad de Humanidades, UPLA.
- _____. (2006). *El espejo rápido. Interculturalidad y Prevaricaciones discursivas*. Valparaíso: Editorial Puntángelos.
- _____. (2011). *La antropología literaria*. Santiago. Editorial Cuarto Propio.
- _____. (2013). *Aculturaciones. El vacío de la cultura o el delirio de la realidad*. Santiago. Editorial Cuarto Propio.
- Augé, M. (1986). *El sentido de los otros: actualidad de la antropología*. Editorial Paidós, Barcelona. 1996.
- Barthes, R. (1989). *El grado cero de la escritura*. Siglo XXI. México.
- _____. (1993). *El placer del texto*. Siglo XXI. España.
- Bachelard, G. (1987). *La formación del espíritu científico*. México: Editorial Siglo XXI.

- Bourdieu, P. (1995). *Las reglas de arte. Génesis y estructura del campo literario*. Barcelona: Anagrama.
- Brunner, J. (1997). Sobre el crepúsculo de la Sociología y el comienzo de otras narrativas. *Discurso 40° aniversario FLACSO* (Documento de trabajo). Santiago FLACSO.
- Cárcamo, S. (2007). La antropología literaria: lenguaje intercultural de las ciencias humanas. *Estudios Filológicos* 42: 7-23.
- Carrasco, I. (2002). Interdisciplinariedad, interculturalidad y canon en la poesía chilena e hispanoamericana actual. *Estudios Filológicos* 37: 199-210.
- _____. (2003). La antropología poética como mutación disciplinaria. *Estudios Filológicos* 38, 7-17.
- Clifford, J. (1980). Ethnographic Surrealism. *Comparative Studies in Society and History* 23: 539-64.
- _____. and G. E. Marcus (eds). (1986). *Writing Culture: The Poetics and Politics of Ethnography*. Berkeley: University of California Press.
- Eco, U. (1981). *Lector in fábula*. Editorial Lumen: Barcelona.
- García Canclini, N. (1968). *Cortázar. Una Antropología Poética*. Buenos Aires, Editorial Nova.
- Galgani, J. (2006). La Colonia Tolstoyana: Síntesis de las tendencias artísticas de inicios del siglo XX. *Acta literaria*, 32, 55-69.
- Harris, M. (2004). *Teorías sobre la cultura en la era posmoderna*. Editorial Crítica.
- Heidegger, M. (1996). *Caminos del Bosque*. Madrid, Editorial Alianza.
- Kuhn, T. (1992). *La Estructura de las Revoluciones Científicas*. México, Editorial F.C.E.
- Lacan, Jacques. (1984). *Escritos I y II*. México, Editorial Siglo XXI.
- Mignolo, Walter. (1986). *Teoría del texto e interpretación de textos*. México, Editorial UNAM.

- Pound, Ezra. (1999). *Cantares Completos*. España, Editorial Cátedra
- Sarduy, Severo. (1999). Escrito sobre un cuerpo. En *Obra Completa Allca XX*: Madrid.
- Van Dijk, Teun. (1989). *La ciencia del texto. Un enfoque Interdisciplinario*. Barcelona, Paidós.